

152/104  
S-144  
Incluido en  
"España y los españoles"  
Doctores en industrias. I

("La Estafeta", Madrid, 16 octubre 1898)

## DOCTORES EN INDUSTRIAS

Ahora que se ha puesto entre nosotros en irresistible moda todo eso de la regeneración de España, vuelve á oírse dos viejos estribillos, sin más que el cambio de tonada. Son ellos las dos famosas sentencias de «menos política y más administración» y «más industriales y menos doctores», sentencias que han partido de políticos la primera y de doctores la segunda. Como sería responder á juegos de palabras con otros tales juegos si dijese que toda administración pública es política y doctor todo industrial, me dejo por ahora de logomaquias, pasando á examinar el segundo de los tan acreditados aforismos.

Nuestra última derrota ha producido entre los españoles que leen un movimiento de admiración hacia los yankees, nuestros vencedores, y aun hacia los anglo-sajones en general. Todo se nos vuelve recomendar que se los imite. No se oye hablar más que de espíritu positivo, de educación práctica, de *self-helping* y *self making* y de otras cosas análogas. No sé cómo no se ha traducido y popularizado en España el libro francés de Demoulin acerca de la supuesta superioridad de los anglo-sajones y el *Pushing to the front* de Orison Swett Marden.

En el hasta hoy último plan de segunda enseñanza se han dejado sentir en parte los efectos de este movimiento, que si tiene mucho de sano, mucho tiene también de ilusorio y mucho que podría llevarnos á graves perjuicios, tanto como de otra clase, económicos.

No se oye sino quejas de la empleomanía, de la burocracia administrativa, de lo que entre nosotros puede haber de mandarínato. Recuérdase aquel agudo dicho de que á todo español hay que suponerle abogado, mientras no pruebe lo contrario. Coméntase el número de jóvenes que se presentan á las oposiciones de empleos públicos, y se pondera en todos los tonos el peligro que para la vida nacional entraña el proletariado de levita, vivero del peor de los anarquismos. Cítanse hechos de abogados que solicitaron cargos de portero, de ordenanza y hasta de verdugo. Y al reaccionar contra tal estado de cosas, lo que sobre todo se predica es la instalación de escuelas de artes y oficios é industriales, la difusión de los conocimientos técnicos y de aplicación, y el que los padres dediquen á sus hijos á carreras de ingeniería, al comercio, á la agricultura y á la industria. Propaganda es ésta que arranca de confundir el efecto con la causa, y que pue-



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES

de conducirnos fácilmente a que, entretenidos en andarnos por las ramas de las escuelas industriales, no ataquemos al tronco del mal.

La primera riqueza, acaso, de un país son sus hijos, con sus propiedades morales, intelectuales y físicas; pero ni riqueza es precisamente capital, ni deja de ser tal riqueza, a su vez, efecto del suelo patrio y de las condiciones económicas de la sociedad, suelo y condiciones que, a su turno, son efectos de aquélla. La tierra y el hombre se hacen mutuamente, en estrecha relación de reciprocidad.

Mientras llevan adelante la propaganda de que hablo, cuantos se mueven por motivos abstractos y por consideraciones de orden meramente general, siguen los padres enviando a sus hijos a las Universidades y procurando ponerlos a sueldo del Estado. Es muy fácil vituperar al labrador que hace a su hijo abogado, pero no tan fácil analizar los móviles de su conducta y las necesidades que le impelen. El problema de dar profesión al hijo no se resuelve por razones abstractas, sino por interés privado, que puede estar en discordancia con el público, pese a las armonías de los Bastiats todos.

Hubo un periodo en España en que llegaron a adquirir gran prestigio las carreras llamadas especiales, sobre todo la de ingeniería de caminos, creciendo en consecuencia la demanda de sus títulos profesionales. Y aunque en tales escuelas se seleccionaba dura, y algo ciegamente, la concurrencia de demandantes, no se pudo impedir el que haya plétora de ingenieros, que ofrecen en el mercado sus facultades en mayor proporción que se requieren. Aparte del gran número de aspirantes que esperan pacientemente su turno de ingreso en los Cuerpos, sobra en éstos personal, dedicado, más que a trabajos de utilidad inmediata, a examinar y resolver expedientes burocráticos.

Ocurren en las profesiones las mismas crisis que en la producción de artículos, con los periodos mismos que llamó lord Overstone de mejora, creciente confianza, prosperidad, exceso de tráfico, convulsión, depresión, estancamiento y reposo, en fin. El largo periodo que la adquisición de un título profesio-

nal exige, suele bastar para que cambien las condiciones de su utilidad.

Recuerdo que cuando empecé mi carrera el año 80, estaba mi pueblo, Bilbao, en el apogeo de su prosperidad, cuyo más visible efecto era el alto precio que alcanzaban los solares de construcción. Entónces se empezó el ensanche de la villa bajo un plan vasto, calculando el desarrollo que llegaría a tomar ésta en razón del incremento gradual de entónces. Por todas partes surgían nuevas construcciones y se proyectaban nuevas vías férreas. Y entónces mis compañeros de edad, excitados por sus padres, se dirigían sobre



VNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SALAES

todo á adquirir títulos de arquitecto ó de ingeniero de caminos ó de minas. Muchos de ellos tuvieron que dejar esas carreras para hacerse abogados, que parece ser la profesión suplente; pero de los que las concluyeron, encuéntranse no pocos con que el éxito no ha correspondido á sus esperanzas. Hoy en Bilbao sobran arquitectos é ingenieros jóvenes, porque se ha detenido no poco el desarrollo de la villa. Y si la concurrencia entre los artículos de consumo puede producir males á que no compensen sus beneficios, sucede mucho más esto con la concurrencia de servicios. Invéntanse empleos para dar sueldo á éste ó el otro, y donde basta uno se mete á cuatro.

«Boticario sin botica nada significa». He aquí un dicho aplicable al caso de que trato. Es inútil querer hacer industriales sin industrias correspondientes, y no son aquéllos los que hacen á éstas, sino la inversa. Con todas esas escuelas de que se habla—muy útiles, por lo demás,—sólo se logrará crear doctores en industrias, tan doctores y tan mandarines como los otros.

Es una inocentada la de suponer que no prosperen más nuestra industria y nuestra agricultura por falta de peritos y de especialistas técnicos que á ellas se dediquen, ó por el poco valor intrínseco de éstos. La ciencia y hasta la inteligencia misma son productos que, como todos los demás, se acomodan á la ley de la oferta y la demanda y del coste comparativo. Cada fábrica tiene el personal técnico que necesita, y si no lo encuentra en España va á buscarlo fuera de ella. Hay mucha más verdad de lo que se cree en la hipótesis del *homo oeconomicus*, perfectamente clarividente de su interés propio.

No ya el ingeniero ó perito técnico, sino el mismo *employer* ó empresario brota de las necesidades mismas económicas, y eso que el primero se hace más bien que nace, y nace más bien que se hace el segundo. Pero todo *employer* latente se revela donde sea útil y valga más que cueste. Tienen los pueblos, como los individuos, enormes reservas de energía, de fuerza potencial, liberables en la ocasión. Con trabajos apropiados se convierte un alto depósito de agua en un salto que sea fuente de fuerza, y lo mismo sucede con la inteligencia estancada en las alturas de un pueblo. No se debe dar mucha fe á todo eso de la degeneración intrínseca de

de la degeneración intrínseca de un pueblo.

Hay quien ha afirmado que bastaría llevar á un pueblo salvaje del interior de Africa todos los utensilios y medios de producción nuestros, y dejarlos solos con ellos para que se civilizasen al cabo. El que tal dijo era un cándido progresis-



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDO.SUSALES

ta sin el menor sentido del proceso económico histórico. Cuéntase, por el contrario, que cuando los ingleses llevaron á cierto país de la India el arado de verdedera, al ver los naturales sus efectos en el cultivo lo pintarrajearon y erigieron en ídolo para rendirle culto. Así vemos aquí tantos ídolotras de la máquina, y tanta máquina que ha tenido que parar. Mejor que erigir en ídolos las máquinas, sería que hiciésemos máquinas de nuestros ídolos, aprovechando hasta tradicionales preocupaciones.

Los 600 millones del empréstito patriótico prueban que hay en España mucho capital improductivo—se dice.—Y de aquí se arranca para todo el programa de pantanos, canales, saltos de agua, fábricas, granjas-modelos, etc., etc. Pocos se fijan en si hay *interés privado* para llevar todo eso á cabo, y si el Estado no lo podría hacer mejor removiendo los obstáculos que á ello se oponen. Y pocos se fijan en el fatal círculo de que, si el aumento de población es función del progreso económico, éste, á su vez, lo es de aquel aumento, y en mayor medida que la relación inversa.

Cuando se habla de maquinaria agrícola se oye repetir á las gentes de campo que es inaplicable al suelo de España, pero si se les aprieta un poco se acaba por ver que á lo que es inaplicable es á nuestra economía. No se aplica una máquina que cueste 5.000 duros mientras no ahorre 5.000 reales de jornal—si calculamos al 5 por 100,—y donde los jornales son tan bajos como aquí sucede, las máquinas resultan caras.

En esta provincia de Salamanca se capitalizan las tierras á un tipo tan bajo respecto á la renta, que supone un gran estado de prosperidad, pues á la vez la emigración aumenta. En más de una región española se están dando casos análogos al ya clásico de la duquesa de Sutherland, que en diez años sustituyó á 15.000 personas por 131.000 ovejas. Las ovejas se comieron á los hombres, como



sucedía en aquel extraño país de que habla Tomás Moro en su *Utopía*. Propietario conozco que ha hecho desaparecer todo un Municipio de España, sustituyendo á sus vecinos con un solo rentero y sus reses correspondientes. Las oscilaciones y cambios en los cultivos; la relación inestable entre la ganadería y la agricultura; las alternativas entre roturación y pasto; el número y extensión de las dehesas, son hondos males económicos que no los arreglan ingenieros agrónomos y de montes, ni se corrigen con que los labradores dediquen á sus hijos á la labranza, en vez de darles carrera y enviarles á la ciudad, que cuando así obran será por algo. «Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena», reza nuestro proverbio.

Más falta que de especialistas industriales técnicos tenemos de una mayor

difusión de sanos elementos fundamentales de economía. El apocamiento nacional se debe, ante todo, á falta de tono en las percepciones colectivas del pueblo, á que no establece éste desde luego relación íntima entre el ejercicio del sufragio y la imposición de contribuciones. No es ya el pueblo que provocó la guerra de las Comunidades cuando las Cortes de entonces, encargadas de discutir con el Rey tributos y recursos, eran su conciencia inmediata.

Tienen los males todos que señalo raíces en el ambiente físico y raíces en el ambiente social. Las primeras son de más lenta corrección que las segundas, que lo son de muy lenta, sin duda. Es menester que, en contra de lo que se repite, nos persuadamos de que la mayor parte del suelo de España es muy pobre.

Constituye su interior una vasta meseta de rápidas pendientes, desollada de mantillo por aguas seculares; una meseta en que alternan con las sequías aguaceros torrenciales, y donde la escasa y mal repartida agua que cae se precipita al mar por ríos que corren encajonados en hondos arribes, y donde toda canalización es obra de romanos. Pero aun así



y todo, podría mejorarse mucho el ambiente físico si el económico-social estimulase á hacerlo. Lo que no trae cuenta á los grandes propietarios ó á empresas particulares podrían, en gran parte, hacerlo en pequeño, chinita á chinita, los colonos mismos. Con su labor obscura y obstinada, levantan en el fondo del Océano las diminutas madreporas, vastas construcciones que sirven de basamento á islas azotadas por el mar.

Pero ¿cómo se quiere que *hagan* tierras colonos que las toman en plazos de arrendamiento que no exceden de cinco años, ni que apliquen mejoras de que se resarcirían á plazo más largo? Y si los arrendamientos no exceden de ese plazo, dé bese en gran parte á que el impuesto de derechos reales lo dificulta. Carecen, en general los colonos, de capital, y el modestísimo que á las veces tienen que buscar, sólo á precio caro lo hallan. Y ¿cómo no ha de prosperar la usura, si donde, como sucede aquí, en Salamanca, con la Caja de Crespo Rascón, las ventajas que ofrece una institución encargada de ahogarla, se falsifican con la brevedad del plazo del préstamo y la cuantía de los gastos que el acta notarial y otros expedientes producen? Bien se conoce que nos legislan propietarios y capitalistas y abogados, sus servidores. Y ni aun su propio interés conocen, no siendo el inmediato.

Pero como todo esto ha de constituir materia para otro ensayo, vuelvo al hilo central de éste.

Nada debe extrañarnos la plaga de abogados que infesta á España. La abogacía es la profesión que más produce á algunos primates de ella, y es, á la vez, la que más salida halla en modestos empleos públicos, lo cual basta para que sus títulos sean muy demandados. Es á la vez muy legítimo de parte de los labradores ricos y de todos aquellos que han amasado un capital con oficios no bien considerados, el deseo de *elegir* á sus hijos, que no sólo de pan vive el hom-





bre. No tienen ellos la culpa ni de que no se estime tanto en cierta sociedad á un labrador como á un letrado, ni de que no se aune entre nosotros el ejercicio agrícola, con goce de cierta elevada cultura.

Por otra parte, el exceso mismo de profesionales y de doctores de toda laya, de lo que se llama trabajadores improductivos —cuando sería más exacto llamarlos irreproductivos,— puede ser principio de remedio. Todos esos obreros intelectuales y prestadores de servicios, han vivido ya del Estado, ya de la clase capitalista, sirviendo para consumir aquella parte de capital que, vertida á empleo reproductivo, hubiese hecho bajar el interés y el beneficio, á la vez que el salario subía. Eran, á la par, el ejército pretoriano de los dueños del trabajo ajeno, su principal sostén, los que mantenían de hecho al pueblo en su servil resignación. Abogados, sacerdotes, maestros, ingenieros... conspiraban á asentár el «caridad en los ricos y resignación en los pobres», base del *statu quo* económico eran, y son el soporte del orden establecido. Pero su número ha crecido, empiezan á ser gravosos á aquellos mismos á quienes servían, y su condición se deprime. Los que ejercen profesiones liberales, van entrando poco á poco en la clase que del salario vive, y cada día ven más claro su solidaridad de intereses con los obreros manuales. De aquí el que se declame tanto contra el proletariado de levita. Las carreras dan un gran contingente de *ratés* ó fracasados; pero estos mismos forman un activo fermento de transformación social, y llegan á constituir la conciencia de los trabajadores.





Y no hay que temerlo. Las *trades unions* han sido en Inglaterra uno de los mayores resortes de progreso. Han obligado al capitalista á discurrir é ingeniarse. ¡Desgraciado el país sin vigorosa agitación socialista!

Estoy seguro de que hoy en España las escuelas industriales no harían más que crear doctores en industrias, como tenemos ya industriales de la doctoría; pero esos mismos doctores pueden ser un fermento, que dando al pueblo conciencia de su malestar, se la den de su descontento y provoquen la transformación de nuestro derecho, que destruya las trabas que á toda mejora de nuestra riqueza se oponen. Las escuelas de que tanto se habla pueden llegar á ser, y ojalá lo sean, fragua indirecta del hoy en España tan mezquino movimiento de protesta obrera. A ver si los puentes despiertan.

MIGUEL DE UNAMUNO.

